

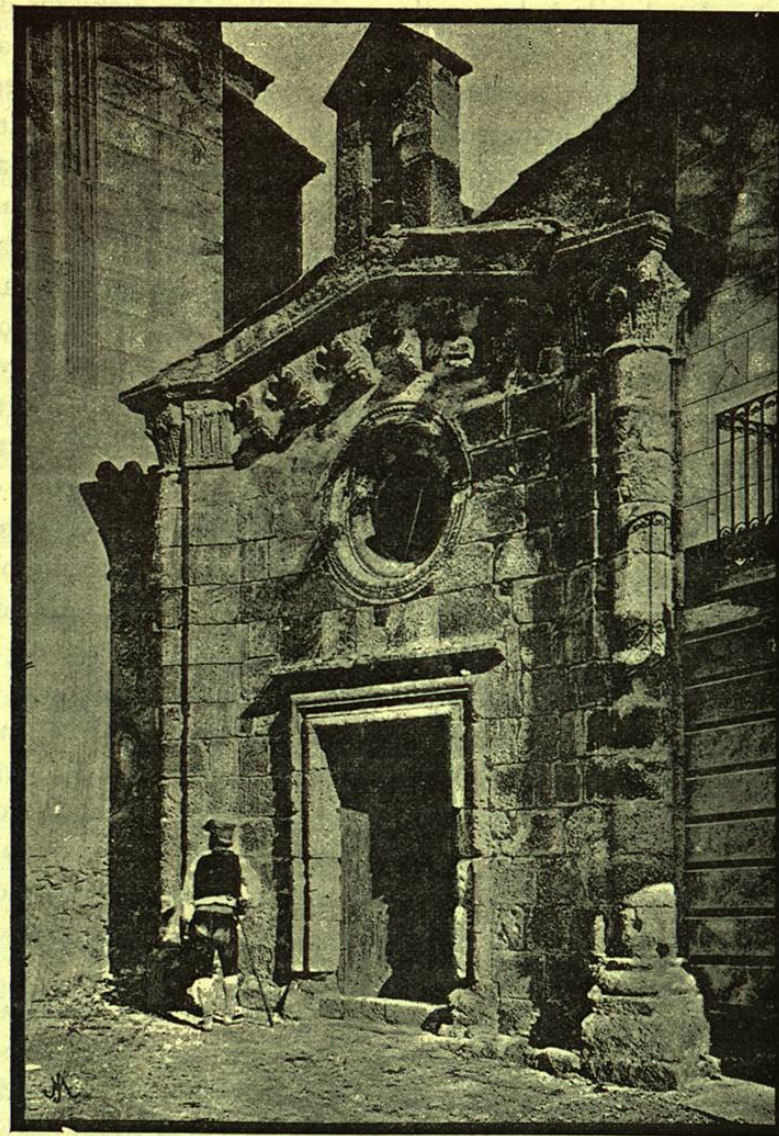
ruinoso, ya por lo expuesta que estaba á las correrías de los moros vecinos. Pero estaba reservada semejante gloria al hijo del asesinado conde *Cap de Estopes*, D. Ramón Berenguer III *el Grande*, que definitivamente echó de allí á los sarracenos, á quienes persiguió hasta Valencia; é imitando el ejemplo de su antecesor, hizo donación en 1116 (a) de la ciudad y de su comarca, para que la restaurase, al santo obispo Olaguer de Barcelona, que ocupó la sede arzobispal de la antigua metrópoli, y á cuantos en ella le sucediesen.

Bien lo había menester la asolada Tarragona, donde, si no miente la tradición, nacieran árboles en los viejos muros y en los pocos edificios que subsistían; la elección de San Olaguer fué la señal de su renacimiento, pues pronto acudió gente á poblarla, convidada de las franquicias con que les brindaba el arzobispo, que al mismo tiempo no descuidaba la defensa y consolidación de su nuevo dominio, trayendo á ella guerreros que protegiesen lo que se edificaba. Era aquella la coyuntura más á propósito para ello; las frecuentes bulas de los papas enardecían la fe del

lares árabes, y una ligera cornisa con varias líneas sembradas de detalles en particular grecas; y en medio se abre la puerta, formada también de dos informes pilares, sobre los cuales carga el arco. Del mismo gusto es el interior, en cuyo extremo ó cabeza, hay dos arcos semicirculares, y los capiteles de los pilares que los apean contienen hojas de palma. Aquellas negrísimas paredes, que tal vez oyeron las preces de los tarraconenses mientras se edificaba la catedral, están atestadas de sarcófagos, al paso que numerosas lápidas son el adorno que cubre el pavimento. Á la derecha del que entra, levantado del suelo algunos palmos, hay un sepulcro de mármol, cuya pureza y gusto en los ornatos le colocan entre las obras de principios del 1500, y en él yace Juan de Soldevila, arcediano de San Fructuoso. Al lado opuesto, ó á la izquierda del que entra, se ve otro de gusto gótico con estatua echada, que ninguna particularidad ofrece; en la misma pared hay empotrada una lápida, que merece mencionarse por lo extraño de su contenido. Remata en triángulo dividido en dos particiones: en la superior está Jesucristo con los símbolos de los evangelistas, separados por fajas; ocupa el centro de la inferior un hombre que ora, á cuyos lados están dos ángeles en igual actitud, todo muy diminuto y de estilo bárbaro. Hasta la inscripción corre parejas en oscuridad y mal gusto con lo demás, pues dice así:

*A: Dni; m: cc: LX: VI: pridie kl januarii  
obtr de Miliario oparius beatæ Teclæ  
cui se totum reddidit et decem vollas condidit  
ergo Tecla coram eo advocata sil pro Deo.*

(a) Véase, respecto de las fechas, lo que advertimos en la nota á la pág. 373.



TARRAGONA.—IGLESIA DE SAN PABLO

pueblo, que tomaba las armas para ir á conquistar el Santo Sepulcro, y estimulaban el ardor caballeresco de los barones, que abandonaban la holganza de sus castillos, los ejercicios de los torneos y el esplendor de los festines por las abrasadoras arenas del desierto y por las fatigas y riesgos de los combates. También tuvo la España su cruzada, y la voz salida de lo alto de la silla de San Pedro, que concedía las mismas indulgencias que á los cruzados de Palestina á los que fuesen á ayudar á sus hermanos los descendientes de Pelayo y Wifredo, trajo á las huestes españolas, en particular á las aragonesas y catalanas, valientes paladines de las vecinas naciones. Muchos se volvieron después á su patria, pero no pocos se quedaron en los lugares que habían regado con su sangre, y á Tarragona le cupo la suerte de que la escogiese para morar el caballero normando Roberto de Aguilón, por sobrenombre *Burdet*. Diez años había que el santo arzobispo cuidaba de su restauración, mas sus frecuentes viajes á celebrar concilios no le permitían dedicarse á tan noble objeto como deseara, y quedaba además la nueva población expuesta á los ataques de los enemigos, que aún estaban á la vista de sus muros. Y como por otra parte iba dilatándose el proyecto de erigir un templo con la suntuosidad que á tal metrópoli convenía, resolvió Olaguer poner en manos de Roberto lo militar y lo civil, á cuyo fin le cedió la ciudad en feudo con título de *príncipe*, por los años de 1128. Partió el normando á Roma para que el pontífice confirmase la donación, y logrado su intento, dió la vuelta á Normandía en busca de hombres de armas y aun de artífices.

Entretanto la fortificación de Tarragona, en la cual ningún vestigio queda de la dominación goda ni de la árabe, fué por tercera vez reparada; y así como el romano respetó los fundamentos fenicios, del mismo modo Olaguer, ó la Edad media, sentó sus almenados muros sobre lo que quedaba de los paredones latinos, formando así tres zonas, que aún contempla el viajero, y que son un mudo compendio de la historia de aquella

población. La tradición ha embellecido aquellos primeros esfuerzos de un pueblo que renacía de sus ruinas; y tan original y caballeresca anduvo por esta vez, que no nos perdonaríamos su omisión, ó la de su breve extracto. Ausente el conde normando, dueños aún los moros de los cercanos montes, y mal fortificada la plaza, hubiese peligrado tal vez á no hallarse allí Sibila, hija de Guillelmo Capra y esposa de Roberto, que realizando las poéticas creaciones de la Caballería, ciñó fuerte coraza, y se encargó del mando militar, siendo no menos respetada por su valor y bondad, como dice la crónica, que admirada y amada por su singular belleza. Así dictaba órdenes, y empuñando el bastón á guisa de caudillo, subía de noche á los andamios, recorría todos los apostaderos, y encargando vigilancia, hacía imposible toda sorpresa.

Por aquel entonces emprendiera Olaguer la construcción de la iglesia mayor, á que consagró la mayor parte de sus rentas; pero era hartó magnífico el proyecto de la fábrica para la pobreza del naciente estado, y en el siguiente año 1129 el concilio de Narbona decretó se estableciese una hermandad para aquel objeto, mandando al mismo tiempo que contribuyesen en lo posible los arzobispos y obispos, y que pagasen cierta cantidad todos los demás clérigos y legos. Volviera en tanto á Tarragona el príncipe Roberto, que la siguió gobernando por mucho tiempo, como que en 1141, año en que el monje Orderico acabó de escribir su crónica, todavía le deja esta rigiendo con su valor y prudencia sus vasallos, y trabajando en los adelantos de la nueva población (1).

(1) Sin embargo, la donación hecha á San Olaguer por el conde Ramón Berenguer III, y la del Santo al príncipe Roberto motivaron frecuentes altercados, que hicieron amarga semejante posesión á los arzobispos. Para aclarar, pues, lo insinuado en el texto, y presentar al mismo tiempo como en resumen los principales disturbios, permítasenos copiar lo que dice Zurita en sus *Anales*, libro décimo de la 1.ª parte, capítulo 38: «Referido se ha en estos anales la donación que D. Ramon Berenguer conde de Barcelona padre del príncipe de Aragon hizo al arzobispo Oldegario y á los arzobispos sus sucesores, que presidiesen en la iglesia de Tarragona debajo de la obediencia de la sede apostólica, de aquella ciudad y campo de

La Edad media pasó para ella como una época de oscuridad y quietud, y á no haberse celebrado cortes en su recinto, y si no hubiese prestado auxilios cuando las expediciones á Valencia y África, apenas aparecería su nombre en aquellas páginas, don-

Tarragona, que habia mucho tiempo que estaba yerma, y desierta de pobladores, reservándose el dominio directo, y el palacio de la ciudad, y que fuesen obligados los arzobispos á hacer paz y guerra por el conde que fuese de Barcelona. El arzobispo Oldegario..... constituyó en príncipe de ella debajo de la fidelidad de la iglesia á un caballero muy valeroso que se llamó Roberto y le entregó la ciudad con sus términos. Mas despues el conde de Barcelona se concertó con la iglesia, y con el príncipe Roberto, y por el arzobispo D. Bernaldo le fué concedido el feudo, estando el príncipe Roberto en la posesion de aquella ciudad. De aquella donacion se siguieron grandes diferencias, no solo entre el arzobispo Bernaldo y sus sucesores, y el príncipe Roberto, y sus hijos, pero entre el conde de Barcelona, y los mismos prelados por el directo dominio de aquella ciudad, y fué muerto por esta causa por los hijos del príncipe Roberto el arzobispo D. Ugo de Cervellon, que sucedió al arzobispo D. Bernaldo. Por este feudo hacian los reyes de Aragon al tiempo de su sucesion en el reino, reconocimiento á los arzobispos, que eran de aquella iglesia, mediante juramento, con el cual se daba la fidelidad, y no con homenaje: y fueron señores útiles de aquel estado. Con este título pretendieron los reyes pasados tener libre jurisdiccion sobre los vasallos de la ciudad y campo de Tarragona, y que eran obligados de servirles en sus huestes como vasallos á su señor, aunque el directo dominio fuese de la iglesia. De aquí resultó que el rey (D. Pedro *el Ceremonioso*) los años pasados quiso que los vecinos de aquella ciudad y del campo le reconociesen como á señor útil, y se tuviesen por sus vasallos, y le hiciesen sacramento y homenaje de propiedad, aunque no se hizo jamas este reconocimiento á sus predecesores, y propuso.... nombrar procurador general que defendiese los derechos reales en aquella ciudad y su campo.... Esto se hizo en gran contradiccion del arzobispo de Tarragona, que era D. Pedro de Clasperin... Por esta causa, procediendo los arzobispos con censuras contra los oficiales reales, el rey por su jurisdiccion y ellos por la ejecucion y inmunidad eclesiástica vinieron á tal contienda, que el rey se quiso apoderar de todo el dominio temporal y envió á D. Ramon Alaman con compañías de gente de guerra contra la ciudad y campo de Tarragona: y posteriormente este año se hizo guerra en todos los lugares de la jurisdiccion eclesiástica que no le querian hacer homenaje ni reconocer por señor, y hicieron tan grande estrago en aquella tierra, que no pudiera ser mayor si fuera entrada por gente de guerra estrangera.... y el rey en fin de este año adoleció y se le agravó de tal manera la enfermedad, que luego se entendió que era mortal. Esto fué en la fiesta de Navidad, y el rey murió á cinco de Enero del año de mil trescientos y siete.... Al tiempo que le desengañaron los físicos que no podia vivir, mostró grande arrepentimiento de los daños y persecucion, que se habia hecho contra los vasallos del arzobispo de Tarragona y en sus lugares, y.... dijo que restituia á Santa Tecla, so cuya dedicacion fué fundada aquella iglesia de Tarragona, toda la jurisdiccion y dominio que él hubiese adquirido en la ciudad y campo.... y mostró tan grande arrepentimiento de aquel daño que recibió la iglesia por su causa, que se entendió por las gentes, que fué castigado de la mano de Dios, y se le apareció en vision Santa Tecla, la cual le hirió de una palmada en el rostro, y que esta fué la ocasion de su dolencia.» Y el analista Feliu añade que, viendo el arzobispo y cabildo tarraconense era imposible toda

de como en rica tela despliéganse los hechos que ilustraron la corona de Aragón. Pero el siglo XIX debía dejar en su frente indelebles señales de su paso; y el 28 de Junio siempre aparecerá como un triste y funesto recuerdo para los tarraconenses, que durante aquel día y en el silencio de aquella noche, en 1811, vieron entrar por los rotos muros las águilas francesas, cruzarse los fuegos dentro de la ciudad y correr la sangre á torrentes, mientras la vieja catedral resonaba con los alaridos de los soldados y moribundos, y el rojo resplandor del incendio venía á sorprender al militar que saqueaba el santuario, y brillaba siniestro sobre el ultrajado pudor de las esposas y doncellas!

### Catedral

El que por primera vez salude las murallas de los Escipiones, si es que bajo un rico cielo de primavera, muellemente recostado en el alcázar de un vapor y deslizándose por la superficie de un mar hermosamente azul y tranquilo como la superficie de un lago, quiso contemplar pasajeraamente aquella costa en verdad poética; al saltar en la tierra de los fenicios, si arde en deseos de refrescar sus ideas y de beberlas nuevas en la contemplación de su más bello monumento, la catedral, atraviase rápidamente la nueva población del puerto, deje atrás la Rambla y plaza de la Fuente, y emprenda la subida que conduce á la calle Mayor. No sé qué aire original la caracteriza, que pronto llamará su atención, hasta que al fin desembocará en la plaza que hay al pié de las gradas de la catedral. Y antes de conceder toda su meditación al templo que delante de él se

resistencia contra las fuerzas de D. Pedro, le citaron ante el tribunal de Dios en el término de 60 días, y que en el último de este plazo se verificó la visión de Santa Tecla.